

La vieja Lima y el comercio informal

Jorge ANDUJAR

Durante la época del Virreynato y aún en tiempos de la República el comercio ambulatorio no se consideraba entre los problemas de primer orden de la capital. Las personas que se dedicaban a esta actividad y que Ignacio Merino y sobre todo Pancho Fierro han descrito en sus obras, eran más bien esporádicas y sin organización comunal. Con las migraciones andinas a partir de 1940, el espacio urbano tradicional de Lima se va ocupando con estos personajes que ya en épocas actuales adquieren proporciones dantescas.

En verdad, no poco se ha hecho para tratar de ordenar por cauces razonables el comercio informal en Lima cuadrada; sin embargo ante la inmensidad de la tarea por realizar ésta pasa casi desapercibida. De hecho quizá no sea desmesurado afirmar que todos los esfuerzos en este sentido han fracasado; el más vivo testimonio lo constituye el desorden existente en el centro histórico.

Inclusive, algunas calles de Lima albergan un tipo especial de comercio informal rayando en lo ilícito. En estos lugares, a plena luz del día, reina el intercambio de bienes usados de dudoso origen. Cosas complicadas o sencillas, grandes o pequeñas, caras o baratas, todo encuentra un precio en el mercado que se forma en las céntricas calles Nicolás de Piérola y Azángaro (frente a la Iglesia colonial de los Huérfanos).

La explicación de la ocupación desordenada, atílesca, de la ciudad por los ambulantes, partiendo de la comprensión del fenómeno por todos conocido de la emigración del campo, es una tesis conformista. En las últimas décadas este mismo hecho se suscitó simultáneamente en todas las grandes urbes latinoamericanas y no obstante ello ninguna capital de esta parte del continente exhibe un centro urbano tan deteriorado como el de Lima.

Así, Lima se presenta al tercer milenio como una megalópolis desbordada; una suerte de ciudad-país cuyos habitantes, en su enorme mayoría, no son nacidos en su seno. Los peregrinos ocupantes de su centro -dedicados en buena parte al comercio informal- carecen de todo lazo sentimental con el terruño dentro de la cual sólo sobreviven o algunas veces lo sienten como simple espacio geográfico en el cual se sitúan sus fuentes de ingreso.

Aceptar el hecho de la existencia del comercio informal no implica necesariamente reconocer que la anarquía es consecuencia directa e inevitable de la marginalidad. El respeto al espacio propio de la ciudad y del transeúnte, así como la que corresponde al turista, forma parte de la valoración cultural de la persona. En este esquema la educación integral que importa una conducta cívica de consideración al derecho del vecino y de la ciudad juega un papel vital.

-La capital de un país es el espejo de su alma. Constituye el depositario de su espíritu. La ciudad principal refleja al país en su conjunto; su grado de organiza-

ción, distribución del espacio, cultura cívica de sus habitantes entre otros aspectos. Como la define Ortiz de Zevallos "es la síntesis y expresión urbana del Perú contemporáneo".

Empero, el comercio ambulatorio de Lima no es tal. El ambulante es una ficción entendido como aquella persona que se traslada de un lugar a otro. El comerciante callejero de Lima tiene un lugar de residencia fija en la ciudad. Nadie más ardoroso defensor de su pequeña propiedad privada como el "ambulante"; pero también pocos como ellos que no respetan la ajena.

Cualquier política de recuperación de la vieja Lima debe tener presente la reubicación de sus precarios ocupantes callejeros; asimismo el incentivo de verdaderos lazos de identidad y estima del hombre con su espacio ejerciendo la autoridad vecinal, en todo caso, su deber de mantener el orden y el ornato. Estos deberían constituir las vigas de un Plan de Recuperación en este campo.

La salvación de la Lima antigua no es solamente un asunto de naturaleza municipal. El gobierno central y la sociedad civil mediante el impulso a una vasta labor de educación cívica que implique el respeto al derecho de lo ajeno y de dominio público son trascendentales.

Al gobierno central, inclusive, le cabe adicionalmente una tarea de alcance financiero y de planificación ineludible, sin el cual todo proyecto puede naufragar. No olvidemos que los mejores Alcaldes de Lima han sido los Presidentes de la República. Durante su período constitucional don Rufino Echenique se preocupó por el embellecimiento de la ciudad con la importación desde Europa de bellas estatuas, algunas de ellas de mármol de Carrara que se conservan en la Alameda de los Descalzos. Don José Balta impulsó enormemente el progreso urbano de Lima. Bajo su mandato se mandó construir importantes edificios públicos como el Palacio de la Exposición. Nicolás de Piérola, por su parte, planificó el crecimiento de Lima hacia su periferia mediante el diseño de grandes arterias como la avenida Brasil.

Algunos Virreyes fueron también excelentes alcaldes de la entonces Ciudad de los Reyes. A don Manuel de Amat y Juniet se le recuerda no tanto por la ejecución de la Orden Real de expulsar a los jesuitas sino porque mandó construir el versallesco Paseo de Aguas en el Rímac y culminó la Plaza de Toros de Acho. A don José Antonio Manso de Velasco, conocido por su título nobiliario de Conde de Superunda, se le rememora por su infatigable labor de edificación civil después del terremoto de 1746 a punto tal que lo amerita como el segundo fundador de la Lima después de Pizarro. Así lo atestigua el busto que se levanta en su honor a la entrada del Puerto del Callao.

Lima antigua será, pues, digna de sí misma cuando en un esfuerzo conjunto de autoridades y entidades de la sociedad civil se logre que los actuales ocupantes de sus calles y plazas respeten y reconozcan su personalidad y tradición.